



EL ORIGEN DEL MUNDO: UNA AZAROSA ADAPTACIÓN O UN DISEÑO INTELIGENTE. UNA MIRADA DESDE LA QUINTA VÍA DE TOMÁS DE AQUINO

THE ORIGIN OF THE WORLD: A RANDOM ADAPTATION OR AN INTELLIGENT DESIGN. A LOOK FROM THE FIFTH WAY OF THOMAS AQUINAS

Catalina Velarde Lizama*

Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile

catavelarde@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-1333-4099>

Enviado 09/05/2022

Aceptado 14/06/2022

* Profesora de Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Licenciada en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Magister en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y Doctora en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Coordinadora del subgrupo de Mística y Bellas Artes del Centro Edith Stein de la Pontificia Universidad Católica de Chile, docente del programa de ética en DuocUC y docente del centro de Estudios Generales de la Universidad de Los Andes.



Resumen

En este artículo se estudiará la quinta vía de Tomás de Aquino, en diálogo con dos teorías del origen del universo: la que sostiene que todo surge del azar y la adaptación, y aquella que afirma desde la biología que es posible aceptar las causas inteligentes en la naturaleza, en vista a órganos muy específicos y complejos que se encuentran en ella. Esta última postura concuerda mejor con la quinta vía que la primera, aunque hay seguidores de Tomás de Aquino que admiten una evolución moderada, es decir, que no implique transformación de una especie a otra.

Palabras claves: *Evolución, Quinta Vía, Diseño Inteligente y Finalidad.*

Abstract

This article examines the fifth way of Thomas Aquinas, in dialogue with two theories of the origin of the universe: the one that asserts that everything arises from chance and adaptation, and the one that affirms, from biology, that it is possible to accept intelligent causes in nature, given very specific and complex organs found in it. The latter position is better in line with the fifth way than the former, although there are followers of Thomas Aquinas who admit moderate evolution, that is, one that does not involve the transformation of one species into another.

Keywords: *Evolution, Fifth Way, Intelligent Design and Purpose.*

1. Introducción

Una de las exigencias del corazón del hombre que siempre se ha manifestado a modo de pregunta, y muchas veces en forma de explicación mítica, consiste en saber cuál es el origen del mundo y de la vida. En el libro del Génesis encontramos la explicación judeocristiana que sostiene que el universo ha sido creado por Dios con el propósito de manifestar su bondad y de revelarse al hombre¹. Sin embargo, la ciencia de finales del siglo XIX y del XX sostiene que todo surge de un cúmulo de energía que después de explotar evoluciona². Esta hipótesis es altamente aceptada, sin embargo, podría prescindir tanto de una finalidad como de un Dios creador, ya que esta energía inicial sería inmanente al universo.

En este trabajo queremos contrastar dos posturas: la de Darwin y los evolucionistas, con la de aquellos que sostienen que hay en la naturaleza una causa inteligente que forma los órganos de los individuos con un fin específico. Ambas serán estudiadas a la luz de la quinta vía de Tomás de Aquino para mostrar que los últimos científicos concuerdan mejor con esta teoría que los evolucionistas de Darwin.

En este estudio utilizaremos el método analítico y comparativo, haciendo colación a las investigaciones sobre el tema de biólogos que siguen la línea del diseño inteligente, que tiene la finalidad de mostrar que en la naturaleza hay estructuras cuya configuración no parece corresponder al azar; con la teoría tomista que, basándose en la quinta vía de la demostración de la existencia de Dios, quiere mostrar que hay un creador inteligente de la naturaleza que tenía un propósito al hacerlo.

2. La quinta vía como prueba de la existencia de un Dios Creador

Santo Tomás utiliza los conceptos de orden y finalidad para explicar el quinto argumento con el que prueba la existencia de Dios. En esta demostración sostiene que la articulación de muchos elementos distintos supone un orden que tiene como objetivo la

¹ Sobre el modo en que Dios se manifiesta en el ser humano véase: Lombardi, A. M. (2019). Vuelta a una ontología trinitaria. Persona y Trinidad en Ser finito y ser eterno de Edith Stein. *Veritas*, (43), 89-106.

² Para un estudio más profundo sobre la teoría de la evolución, véase: Casadesús, R. (2019). La big history como síntesis de la cosmo-bio-antropo-evolución: Comienzo del Universo y emergencia de la vida. *Pensamiento*, 75(283)

realización de un plan (Cfr. Tomás de Aquino, S. C. G., I, c. 13.). Uno de los fundamentos de la hipótesis consiste en considerar que, si el orden se mantiene en el tiempo y la conducta de sus componentes es siempre la misma, se podría suponer que existe alguien inteligente externo a la ordenación que dispone las cosas de este modo con un objetivo determinado; es a este ser inteligente al que el Aquinate llama Dios (Cfr. Tomás de Aquino, S. C. G., I, c. 44.). Santo Tomás formula el argumento a partir de la observación de la naturaleza, en la que hay ciclos que se repiten regularmente, como las estaciones del año. Y conductas de los animales que revelan su tendencia a sobrevivir, utilizando como criterio de acción aquello que es lo mejor (Cfr. Tomás de Aquino, S. C. G., III, c. 20.). Sin embargo, se debe considerar que ni los animales ni los astros tienen conocimiento del bien y del fin, porque no son seres racionales; por lo que no están capacitados para dirigir sus movimientos siempre por el mismo camino, ni para buscar el alimento que más les conviene. Los dos tipos de regularidades permiten suponer la existencia de un ser inteligente que gobierna el mundo buscando lo más conveniente, tanto para cada una de las criaturas, como para la totalidad de la creación (Barbés, 2015).

Para que el argumento sea probatorio, es necesario establecer una causa sin la que no pueda producirse ese efecto. Se llama causa propia y es imprescindible para la producción del efecto. En el caso de la explicación tomista expuesta en la quinta vía se debe buscar una causa capaz de producir tendencias que tengan como objetivo un bien futuro (Barbés, 2015, pp.129-130). Para idear este tipo de tendencias, no sólo se requiere ser inteligente, sino tener como objetivo comunicar la bondad y utilizar como medio el orden y la armonía no sólo como estructura general del universo, sino como fundamento de cada una de sus partes (Cfr. Tomás de Aquino, S. C. G., III, c. 20.). Así, el universo es inteligible desde sus partículas más pequeñas, hasta su composición general. Entonces, tanto la tendencia de cada uno de los entes al bien, como la belleza de la totalidad del cosmos se transforman en signos de algunos rasgos del Creador.

3. El orden y la regularidad como signos de una inteligencia en el origen del universo

Como ya hemos dicho, hay una belleza en el conjunto del universo, que tiene como causa el orden y la armonía entre sus partes. Ambos factores dejan traslucir, la presencia de una inteligencia que subyace e influye en ellos. Esta hipótesis es razonable, porque si se establece un orden, se requiere de un criterio ordenador, que difícilmente puede darse de modo azaroso. Algo similar ocurre en el caso de la armonía que requiere un criterio estético de referencia.

Al observar la naturaleza, podemos percibir distintas estructuras, y, por ende, niveles progresivos de ordenación. El primer nivel en que se utiliza esta noción consiste en partes distintas que al tener cierta disposición forman una unidad. Esto supone una relación entre ellas, lo que hace del orden un concepto relacional (Artigas, 1992).

Uno de los planos en que se encuentra el orden en la naturaleza es la organización, que consiste en la colaboración entre los miembros de un sistema. Un ejemplo de ello puede ser el respiratorio en el que los diversos miembros forman una unidad que realiza una función determinada que no podría darse sin colaboración (Artigas, 1992). Estos sistemas suelen funcionar según pautas de conductas repetitivas lo que nos muestra otro aspecto del orden natural que consiste en la regularidad (Artigas, 1992).

La regularidad hace referencia tanto al tiempo como al espacio. En el primer caso se trata de secuencias que al tener una dirección determinada pueden señalar una tendencia a obtener un objetivo. Y en el segundo, constituyen la base de la estructuración de la naturaleza (Artigas, 1992). Tanto las pautas regulares como las tendencias pueden encontrarse en estructuras tan pequeñas como un ADN, como en la organización de la galaxia.

Si observamos la naturaleza desde sus estructuras más pequeñas, podremos constatar que algunas de ellas nos permiten intuir la presencia de una causa final. Mencionaremos tres de ellas. La primera es la direccionalidad que consiste en algunas potencias que al actualizarse consiguen resultados constantes. Esto permite pensar que se trata de una tendencia a una meta precisa. Un ejemplo de direccionalidad consiste en el desarrollo de los genes que al actualizarse forman un órgano determinado con una función fija (Artigas, 2008). No obstante, en la naturaleza también pueden encontrarse potencias que no llegan a

actualizarse porque las condiciones ambientales, entre otras, no se los permiten; lo que no anula la existencia de potencialidades que llegan a buen término (Artigas, 2008).

La segunda es la cooperatividad, que consiste en potencialidades que integran distintos factores en un resultado unitario. A partir de las nuevas conexiones se producen dinamismos distintos a las estructuras iniciales. Esta propiedad se encuentra en la base de la especificidad de la naturaleza (Artigas, 2008). Si se admite que los individuos actualizan sus potencias según sus necesidades y las condiciones propicias del medio ambiente, podría atribuirse a la cooperatividad entre la potencia del sujeto, las condiciones climáticas y las necesidades nuevas del individuo, la aparición de un cambio en su organismo para ejecutar una nueva función.

La tercera propiedad es la funcionalidad, que consiste en la tarea que realiza un elemento determinado dentro de un sistema más complejo. Esto ocurre de modo más evidente en los organismos vivos que están formados por órganos que realizan funciones específicas. Sin embargo, en los ecosistemas interactúan animales, vegetales y minerales realizando tareas que ayudan a la vida de cada uno de sus miembros. Así, los fines particulares de los miembros del ecosistema, se subordinan al fin general que puede consistir en hacer posible la vida humana (Gilson, 1980).

Las estructuras señaladas anteriormente permiten vislumbrar una intencionalidad en la naturaleza, que es semejante a la que Santo Tomás llama fin en la quinta vía³. No obstante, esta no es una noción que sea observable por los sentidos, lo que la sitúa más allá del ámbito de la ciencia. Se trata de una noción metafísica que permite explicar fenómenos naturales de modo racional (Gilson, 1980).

Si reflexionamos sobre lo anterior, podemos constatar que en la naturaleza hay orden tanto en sus estructuras más pequeñas, como en aquellas que sobrepasan nuestro sistema solar. Estas estructuras ordenadas y armónicas producen en nuestro interior una sensación de paz, que en la filosofía clásica se llama *belleza*. Si consideramos a la belleza como la consecuencia del bien y la verdad, debemos tener en cuenta que para que un ente resplandezca se requiere cierta perfección que es causada por la actualización de sus potencias, es decir, por su forma (Lobato, 1965). La perfección entitativa hace posible que al mirar al ente se produzca el deleite (Lobato, 1965). Esta complacencia ocurre, porque la

³ Sobre una discusión desde la física y la biología con la racionalidad de la creencia en un Dios creador y sus implicancias en la comprensión del universo, véase: Aznar, J. (2016). El origen del universo y la existencia de Dios. *SCIO: Revista de Filosofía*, (12), 179-200.

percepción sensible en el hombre está conectada con la facultad cognoscitiva. Así, este deleite causado por la belleza es signo de una inteligencia que es capaz de construir la naturaleza de manera armoniosa y ordenada desde sus partículas más pequeñas. Es por este motivo por el que un físico puede deleitarse con la contemplación de una cadena molecular, y un astrónomo, con la aparición de una nueva estrella (Lobato,1965).

Según Santo Tomás, la forma del ente es signo del resplandor de Dios (Lobato,1965). Esta afirmación implica que el Aquinate reconoce a Dios como el Creador inteligente de todo lo que existe, y a la belleza como un vestigio de su presencia en el universo (Cfr. Tomás de Aquino, S. C. G., III, c. 20.). Para reafirmar la idea compararemos al autor de la naturaleza con un artista que hace una pintura, quien puede crear, porque al ser hecho a semejanza divina tiene un poder que se lo permite (Cfr. Tomás de Aquino, S. C. G., III, c. 19). Toda creación artística tiene una duración en el tiempo, aunque algunas de ellas, para permanecer en la existencia requieren que se las esté ejecutando (Gilson, 1961). Lo segundo es más claro en el caso de la música y el teatro, cuyas obras no existen en acto si no hay un director que las ponga en escena. Algo similar ocurre con el cosmos, tiene un inicio temporal, y requiere que su autor lo mantenga en el ser en cada instante (Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I, q. 8, a. 2). El artista utiliza su mano para plasmar en su pintura la idea que tiene en el intelecto. Se trata de un trabajo práctico, que consiste en la realización de un proyecto (Gilson, 1961). La idea es la causa de la elección de los materiales a utilizar y del modo en que se encontrarán en la obra. Algo similar ocurre en la naturaleza, en ella hay estructuras tan complejas que no pueden tener otra causa que la existencia de un proyecto, ya que la disposición de los elementos que la componen es tan precisa que sería poco plausible que se debieran a una causa accidental como el azar (Collado, 2007)⁴.

Así como las pinturas auténticas nos permiten reconocer a su autor, por el tipo de material y de colores que utiliza (Gilson, 1961) también la naturaleza, si se tiene la disposición de hacerlo, permite por medio de sus estructuras y sus tendencias, reconocer algunos rasgos de su creador; entre ellos que se trata de un ser inteligente que está llevando a cabo un designio, asunto que puede vislumbrarse por la coordinación de los distintos tipos de orden que ya hemos señalado (Gilson, 1961).

⁴ Sobre la teoría contraria que sostiene que el *azar* y la necesidad pueden ser puntos de partida de la acción creativa, véase Ayala, F. (2016). En el centenario de Darwin. *Ludus Vitalis*, 17(32), 1-16.

4. La finalidad como signo de una causa trascendente

Después de haber mostrado que el orden en los distintos planos de la naturaleza es lo que causa en nosotros la admiración y, además, que hace posible pensar en una inteligencia ordenadora, volveremos a reflexionar sobre la quinta vía de Tomás de Aquino.

En esta prueba sobre la existencia de dios, además de mostrar que el orden hace posible creer en una inteligencia ordenadora, señala que, si observamos la naturaleza, nos daremos cuenta de que tanto los seres racionales, que son conscientes del objetivo que buscan, como aquellos irracionales que lo ignoran, obran por un fin. De lo que puede deducirse que existe un gobernador externo del mundo (Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I, q. 2, a. 3). Una de las características del fin consiste en ser el motivo de la acción del agente, y desde esa perspectiva tiene una fuerza causal, ya que pone al sujeto en acción (Burgoa, 1981). No obstante, dicha acción tiene una dirección determinada, ya que alcanzar un fin consiste en cumplir un objetivo, es decir, realizar un proyecto (Burgoa, 1981). Sin embargo, el proyecto debe ser conocido por el agente, por lo que constituye una causa ejemplar. Pero, para que el agente se ponga en acción, el objetivo debe ser percibido como bueno, o consistir en la perfección del sujeto, la que alcanza por la actualización de sus potencias (Burgoa, 1981). En las estructuras orgánicas esta finalidad suele ser instrumental, y por lo tanto específica. Así, el acto del ojo es ver, y el del oído oír (Burgoa, 1981). Esto no ocurre en los entes racionales, que son capaces de dirigirse libremente al fin que se proponen por lo que la naturaleza no los puede determinar a actuar en una sola dirección. No obstante, es importante señalar, que todo agente, sea racional o no, actúa por un fin, razón que determina tanto la dirección como la naturaleza de sus efectos (Burgoa, 1981).

Santo Tomás, al explicar la creación del mundo, plantea el asunto desde un plano metafísico, en el que quiere mostrar la dependencia de cada ente con Dios. Esto supone una creación desde la nada y una intención al crear que se vislumbra tanto en la estructura de cada ente, como en la subordinación de unos entes con otros (Gilson, 1961). Ambos tipos de finalidad muestran que la naturaleza es inteligible por el hombre, lo que revela que ha sido creada por un ser inteligente, hecho incluso evidente para Aristóteles, que, según la interpretación de Gilson, aunque sin saber de qué inteligencia se trata, compara a la naturaleza con la obra de un artista que elige los materiales necesarios para expresar en su obra la intención que hay en su alma (Gilson, 1961).

5. La teoría de la evolución, una explicación inmanente del origen del mundo

A diferencia de Santo Tomás, hay una corriente de pensamiento que explica el origen del universo con un conjunto de fuerzas ciegas de la naturaleza que al cambiar adquieren necesidades nuevas. En esta corriente encontramos a Lamarck, que sostiene que la multitud de individuos surge de algunos organismos primitivos que van cambiando según lo hagan las condiciones vitales en que se encuentren. Si estos cambios son sostenidos en el tiempo, generan nuevos órganos que responden a una necesidad nueva producto del cambio climático (Gilson, 1980). En la teoría lamarkiana, las especies ya no son fijas, pues es posible admitir una transformación de individuos que tiene como finalidad adaptarse a las exigencias de su entorno (Gilson, 1980, p. 101). Según Lamarck, lo que origina la morfología de un individuo es su manera de vivir, así, a los animales que necesitaron nadar, de tanto juntar los dedos les salieron membranas entre ellos (Gilson, 1980).

Aunque Lamarck no cree en la existencia de un creador de la naturaleza que tiene un proyecto cuando la crea, al parecer, no logra desprenderse de la idea de finalidad, ya que los peces tienen aletas porque necesitan nadar⁵. Aquí la diferencia es que primero necesitan nadar, y luego, gracias a su sensibilidad, le surgen las aletas (Gilson, 1980). No obstante, el concepto de finalidad opera igualmente.

Charles Darwin da un segundo paso en esta línea argumentativa, y además de adherir a Lamarck en cuanto a la adaptación de los individuos, sostiene que, gracias a una selección natural, sobreviven los mejor adaptados⁶. Sin embargo, para que esto ocurra, es necesario que exista una adaptación estable en una variedad de individuos, estabilidad que se verifica a lo largo del tiempo. Además, como van progresando en complejidad, se requeriría un criterio que dirigiera este proceso.

Según Darwin, en el caso de los vertebrados, se trataría de la columna vertebral y de la inteligencia, ambas características que tienen al hombre como modelo (Ossandón, 2014). A diferencia de otros evolucionistas, Darwin sostiene que la naturaleza se mueve según leyes, a las que es posible acercarse por la semejanza de los individuos entre sí, aunque reconoce que le faltan elementos fósiles en la cadena que le permitan dar una prueba concluyente

⁵ Sobre los fundamentos materialistas tanto filosóficos como científicos de la teoría de Lamarck, véase: Solano, R., Caso, J., & Ramírez, R. (2018). El programa de Lamarck: una visión materialista de la vida. *Metatheoria*—Revista de Filosofía e Historia de la Ciencia, 8(2), 147-156.

⁶ Sobre la relación entre genética, adaptación de las especies y selección natural, véase: Ibáñez, M. (2018). Darwin y el origen de las especies: teorías evolucionistas ayer y hoy. *Ambiociencias*, (monográfico.), 30-32.

(Ossandón, 2014)⁷. A diferencia de sus seguidores, no niega la creación de la vida por Dios, ni siquiera la de unas pocas especies iniciales, sino la creación de un universo fijo, tal como existe ahora (Ossandón, 2014). Sin embargo, algunos darwinistas niegan todo tipo de finalidad en la naturaleza, y atribuyen el progreso del proceso evolutivo sólo a la selección natural, la que no actúa siguiendo un proyecto ni una inteligencia inmanente a la naturaleza, sino sólo la lucha por la sobrevivencia (Ossandón, 2014).

El tercer nombre que sobresale en esta corriente es Spencer, cuya teoría es de corte mecanicista y se fundamenta en cinco principios: la materia eterna, el espacio infinito, el tiempo indefinido, el movimiento y la fuerza⁸. Esta teoría es más bien cósmica, y sostiene que la materia evoluciona desde un caos indiferenciado, hacia porciones de materia más heterogéneas y definidas, que dan lugar a la formación de los individuos. Este proceso es posible gracias a la evolución, que consiste en el paso de una masa homogénea incoherente, a otra heterogénea, pero coherente y diferenciada. Según el científico, el cosmos surge de una nube informe que se va ordenando y diferenciando hasta adquirir las características actuales. El equilibrio máximo llegará cuando el hombre logre armonizar sus condiciones psíquicas con sus necesidades básicas⁹. No obstante, a la evolución total del cosmos le sigue una gran disolución, por lo que todo está destinado a volver al caos inicial (Ossandón, 2014).

Aunque Darwin no habla de evolución en sus primeros escritos, admite que entre los objetivos que tenía al escribir su libro, estaba mostrar la evolución de las especies por selección natural, en contra de una teoría creacionista; y también, que siempre reconoció que había una intención inmanente tras ese proceso (Gilson, 1980). Las últimas afirmaciones hacen evidente que Darwin no elimina a Dios de la naturaleza, porque admite que es el creador de una energía inicial que hace posible la vida y, también, que es capaz de orientar a las fuerzas de la naturaleza hacia una finalidad determinada¹⁰.

No obstante, la teoría evolucionista da pie para que algunos científicos postulen la existencia de un mundo autocontenido, que evoluciona desde una nada energética, que se expande y organiza con el tiempo, según un criterio interno debido sobre todo al azar. La

⁷ Sobre la relación entre los genomas y la teoría de la adaptación, como fundamento para la reconstrucción del árbol de la vida, véase: Zardoya, R., Sánchez-Gracia, A., & Rozas, J. (2017). Filogenómica y genómica de la adaptación. *Boletín de la Sociedad Española de Bioquímica y Biología Molecular*, 194, p. 9-14.

⁸ Sobre el mecanicismo como paradigma de explicación de la realidad, sus problemas y consecuencias, véase: Laguna, R. (2016). De la máquina al mecanicismo. Breve historia de la construcción de un paradigma explicativo. *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, 16(32).

⁹ Sobre la dificultad de explicar conductas altruistas en los seres humanos y en los demás animales desde una imagen mecanicista del universo, véase: Castro, I. y Abrantes, P. (2018). Imágenes en la explicación del comportamiento prosocial humano y su evolución. *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, 18(37), 239-271.

¹⁰ Sobre las dificultades de la iglesia Católica para aceptar la teoría de la evolución y el modo en que la compatibiliza con la teoría de la creación, véase: Lombardo, R. (2019). La teoría de la evolución y la Iglesia Católica. *Ludus Vitalis*, 10(17), 111-122.

explicación cosmológica, se complementa con la biológica de la evolución de las especies, que da cuenta de la existencia de los individuos en su estado actual, por adaptación y selección natural (Carrol, 2002). Los darwinistas más ortodoxos sostienen que las condiciones de vida actuales pueden explicarse desde fuerzas ciegas de la naturaleza combinadas al azar, que son organizadas por la selección natural, la que les da una apariencia de finalidad (Carrol, 2002). Esta línea de pensamiento explica la formación del universo prescindiendo de Dios y de un proyecto en el que se ordenan porque tienen una función que cumplir, todos los seres creados (Artigas, 2008).

6. El diseño inteligente como alternativa a una explicación evolucionista del origen del cosmos

Como exponíamos en los puntos 2 y 3 de este estudio, en contraste con Darwin que ve como causa del nacimiento de las especies la adaptación y la selección natural sin un propósito determinado, hay otros científicos que hacen hincapié en aspectos de la naturaleza que no logran explicarse desde el azar y la selección natural. Se trata de sistemas muy complejos formados por una multiplicidad de piezas con funciones tan específicas dentro del mecanismo, que si una de ellas no existiera no podría funcionar.

Para ejemplificar este tipo de sistemas complejos, Michael H. Behe, que es uno de los máximos representantes de esta corriente, utiliza como ejemplo la trampa de ratón. En ella todas las piezas son imprescindibles, y si una funciona mal, la trampa no funciona. Por lo que su origen no podría ser explicado por una causa azarosa. Este tipo de mecanismos se encuentra también en el cuerpo humano. Un ejemplo de ello es el flagelo bacteriano que hace posible que la bacteria se propulse en distintas direcciones. Se trata de un pequeño motor compuesto por treinta proteínas distintas, cada una con una función determinada. Este tipo de mecanismos, no sólo no pueden ser explicados por la selección natural, ya que necesitan funcionar de una sola vez con todas sus piezas, sino que manifiestan la existencia de un diseño, porque su estructura y su funcionamiento son consecuencia de una intención determinada (Collado, 2007). El autor de *La caja negra de Darwin* sostiene que la naturaleza funciona impulsada por máquinas moleculares, que están compuestas por distintos tipos de proteínas, con funciones muy específicas. Las máquinas revelan tanto un diseño como a un

diseñador; ya que, sino no podría explicarse su existencia, así como no habría forma de entender la existencia de un reloj sin relojero.

Otro representante de esta corriente es William Dembski que, desde la *Teología Natural* de Paley, se pregunta si es posible inferir el diseño en la naturaleza y, después de dar una respuesta afirmativa, da una clave para realizar dicha interpretación. Para esto se requieren tres nociones básicas: contingencia, complejidad y especificación. La noción de contingencia se relaciona con la de potencia. Dembski la ilustra con la imagen de la ordenación de las fichas en un tablero de ajedrez, que, aunque está dentro de sus posibilidades el ser ordenada de esa manera, esa ordenación determinada, no puede deducirse de su forma; por lo que es contingente, ya que podría ser de otro modo. El segundo elemento en cuestión es la complejidad que consiste en un sistema formado por una multitud de elementos que funcionan si están en un determinado orden, por lo que su construcción por azar es casi imposible, ya que las probabilidades de acertar son muy bajas (Collado, 2007). El tercer componente de la clave es la especificación, que radica en explicar una sucesión de hechos utilizando un parámetro a priori. Dembski ejemplifica esta noción con un conjunto de flechas clavadas en un tablero. La clave de comprensión para la posición de las flechas es su cercanía con el blanco, que hace posible deducir la habilidad del arquero. Este es el criterio que nos permite interpretar la posición de las flechas, aunque no lo hayamos visto disparar. El patrón conocido previamente, nos permite proyectar lo que debe suceder, en este caso estamos ante un sistema de complejidad especificada (Collado, 2007).

Según los autores de esta corriente, tanto la especificidad, como los sistemas irreductiblemente complejos, son una muestra de que existe un diseño en la naturaleza y, por tanto, también un diseñador. Además de las proteínas, que como ya hemos visto son muy específicas, estos mecanismos funcionales son autónomos, por lo que no pueden ser producto de un proceso evolutivo que consista en seguir un plan a largo plazo (Ossandón, 2014). Al aceptar la existencia de un diseñador en la naturaleza, puede admitirse que tenga un propósito y que para realizarlo utilice materiales específicos. Así se pueden entender los mecanismos desde su finalidad, asunto que permite una comprensión completa de los mismos, que incluso puede tener beneficios a nivel médico. Según estos autores, los seres vivos se entienden mejor desde el todo hacia la parte, ya que este tipo de comprensión nos permite entender las partes del individuo desde su función, es decir, desde su finalidad (Ossandón, 2014).

7. Conclusión

Los argumentos del diseño inteligente tienen en común con la quinta vía que ambos señalan la presencia de la causa final en la naturaleza. Sin embargo, hay algunas diferencias entre ellos: la primera consiste en que los autores del diseño inteligente, al ser biólogos, observan la anatomía de los individuos y basan su argumento en las funciones de algunos de sus órganos que, tanto por su especificidad, como por su complejidad, serían muy difíciles de explicar por medio de la evolución y del azar, y cuya observación nos permite suponer un diseñador (Barbés, 2015).

En cambio, los argumentos de la quinta vía son cosmológicos y ponen el acento en la conducta regular de los seres irracionales, que parecen tender siempre al mismo objetivo. Así, la vaca va siempre hacia el pasto, porque necesita comer. Esta tendencia, que surge de la naturaleza misma de la vaca, es la que hace pensar a Santo Tomás en la existencia de un gobernador inteligente que procura el bien estar de todas sus criaturas (Barbés, 2015). Sin embargo, ambos argumentos se complementan, mostrando que la causa final está presente en distintos niveles en la naturaleza y que desde ella puede surgir una explicación razonable no sólo en cuanto a una orientación final de causas segundas, para alcanzar un proyecto común, sino en cuanto al modo en que Dios, como un diseñador inteligente, crea cada uno de los entes que componen el cosmos (Ossandón, 2014).

La segunda diferencia consiste en que, para santo Tomás, Dios es el bien perfecto y su proyecto al ser bueno, facilita la plenitud de todos los entes. Sin embargo, en el caso de la teoría del diseño inteligente, esta identificación no es posible, ya que el plano de la argumentación es biológico y no metafísico. No obstante, es importante destacar dentro de la discusión sobre la formación del cosmos, la existencia de un proyecto como explicación alternativa a la del puro azar y la adaptación, ya que el rostro de Dios que nos ha sido revelado en las escrituras suele intervenir en la historia, por lo que parece más coherente a su estilo, la creación de las distintas especies de individuos con los órganos necesarios para que puedan vivir. Al crear a cada especie de forma independiente, le da las condiciones para que sobreviva y se regenere, con lo que se mantiene la autonomía de las causas segundas. Esta independencia de las criaturas en cuanto a causas segundas supone una relación más directa con Dios, ya que las ha diseñado individualmente y las mantiene en el ser, asunto que parece más coherente con la doctrina de Tomás de Aquino que suponer que Dios utiliza la evolución



como un instrumento para crear y que su intervención se limita a guiar esta energía para que se realice su plan, pero interviniendo muy poco en el modo en que se lleva a cabo.

8. Referencias

- Artigas, M. (1992). *La inteligibilidad de la naturaleza*. Eunsa.
- _____, (1999). *La mente del universo*. Eunsa.
- _____, (2008). ¿Hay un sentido en el universo?, *Anuario Filosófico de la Universidad de Navarra*, 16(3), 549-575.
- Ayala, F. (2016). En el centenario de Darwin. *Ludus Vitalis*, 17(32), 1-16.
- Aznar, J. (2016). El origen del universo y la existencia de Dios. *SCIO: Revista de Filosofía*, (12), 179-200.
- Barbés, A. (2015). El argumento de diseño y la quinta vía de Santo Tomás. *Scientia et Fides*, Universidad Nicolás Copérnico de Torun, Polonia, 3(2), 119-120.
- Carrol, W. (2002). *La creación y las ciencias naturales. Actualidad de Santo Tomás de Aquino*. UC.
- Casadesús, R. (2019). La big history como síntesis de la cosmo-bio-antropo-evolución: Comienzo del Universo y emergencia de la vida. *Pensamiento*, 75(283)
- Castro, I. y Abrantes, P. (2018). Imágenes en la explicación del comportamiento prosocial humano y su evolución. *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, 18(37), 239-271.
- Collado, S. (2007). Análisis del diseño inteligente. *Scripta Theologica, Universidad de Navarra*, 39(2), 573-605.
- Forment, G. (2008). *Santo Tomás de Aquino: su vida, su obra y su época*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Gilson, E. (1961). *Pintura y realidad*. Aguilar.
- _____, (1980). *De Aristóteles a Darwin y vuelta. Ensayo sobre algunas constantes de la Biofilosofía*. Eunsa.
- Ibáñez, M. (2018). Darwin y el origen de las especies: teorías evolucionistas ayer y hoy. *Ambiociencias, (monográfico)*, 30-32.
- Laguna, R. (2016). De la máquina al mecanicismo. Breve historia de la construcción de un paradigma explicativo. *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, 16(32).
- Lombardi, A. M. (2019). Vuelta a una ontología trinitaria. Persona y Trinidad en Ser finito y ser eterno de Edith Stein. *Veritas*, (43), 89-106.



- Lombardo, R. (2019). La teoría de la evolución y la Iglesia Católica. *Ludus Vitalis*, 10(17), 111-122.
- Lobato, A. (1965). *Ser y belleza*. Herder.
- Aquino, T. (2007). *Suma Contra Gentiles*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- _____. (2010). *Suma Teológica*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Ossandón, J. (2014). *La teoría de la evolución. ¿Ciencia o filosofía?* Inie.
- Solano, R., Caso, J., & Ramírez, R. (2018). El programa de Lamarck: una visión materialista de la vida. *Metatheoria—Revista de Filosofía e Historia de la Ciencia*, 8(2), 147-156.
- Vicente, L. (1981). *El problema de la finalidad*. Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. Universidad Complutense de Madrid.
- Zardoya, R., Sánchez-Gracia, A., & Rozas, J. (2017). Filogenómica y genómica de la adaptación. *Boletín de la Sociedad Española de Bioquímica y Biología Molecular*, 194, p. 9-14.